

“¡Tú y yo sí que necesitamos purificación!”

«Cor Mariae perdolentis,
miserere nobis!» –invoca al
Corazón de Santa María, con
ánimo y decisión de unirme a su
dolor, en reparación por tus
pecados y por los de los
hombres de todos los tiempos. –
Y pídele –para cada alma– que
ese dolor suyo aumente en
nosotros la aversión al pecado,
y que sepamos amar, como
expiación, las contrariedades
físicas o morales de cada
jornada. (Surco, 258)

2 de febrero

Cumplido el tiempo de la purificación de la Madre, según la Ley de Moisés, es preciso ir con el Niño a Jerusalén para presentarle al Señor. (Luc., II, 22.)

Y esta vez serás tú, amigo mío, quien lleve la jaula de las tórtolas. –¿Te fijas? Ella –¡la Inmaculada!– se somete a la Ley como si estuviera inmunda.

¿Aprenderás con este ejemplo, niño tonto, a cumplir, a pesar de todos los sacrificios personales, la Santa Ley de Dios?

¡Purificarse! ¡Tú y yo sí que necesitamos purificación! –Expiar, y, por encima de la expiación, el Amor. –Un amor que sea cauterio, que abraza la roña de nuestra alma, y

fuego, que encienda con llamas divinas la miseria de nuestro corazón.

Un hombre justo y temeroso de Dios, que movido por el Espíritu Santo ha venido al templo –le había sido revelado que no moriría antes de ver al Cristo–, toma en sus brazos al Mesías y le dice: Ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa... porque mis ojos han visto al Salvador. (*Santo Rosario, IV misterio gozoso*).